

de renovación que en ese campo van sintiéndose: y sin llorar por el presente, más ó menos bonancible merced á las pasadas victorias de la instrucción pública, pensemos con interés en el

futuro ensombrecido, que se anuncia con las actuales defecciones de los abanderados de la cultura.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Los Soldados

¡Los humildes soldados campesinos! Entran esos hombres en el número de los que siempre me inspiraron amor: los esclavos. Los esclavos cuando no lo son de voluntad, cuando no es la vileza de su pensamiento quien los ata á la noria de la sumisión merecen ser amados. Es amable el paria, el proscrito de la vida libre. Hay que amar en él la esperanza en su resurgimiento que lo alienta, y el esfuerzo que al calor de ella rebulle en su corazón oprimido. Cuando el hombre quiere enderezar la frente y elevar su mirada, es hidalgo amarlo, es noble, es generoso.

La vida doliente de los soldados campesinos ha hecho que anide en mi ánimo más de una amargura punzante como un cardo seco; he sentido que á mi espíritu lo muerden las mismas hondas congojas que laceran sus cuerpos fatigados; y mi cuerpo se ha estremecido bajo la impresión del dolor que se distiende en sus almas. En sus almas puras y sencillas de campesinos... En sus almas opresas de soldados...

Allá en lo hondo de los ojos de esos hombres, entre las brumas de tristeza que los nublan, y tornan agónicas las fulguraciones que fueran hermosas antes, cuando el campo amplio, alegre y destellante, recogía la oración de sus miradas, hay un vago tinte de semblanza con el mirar penosamente incierto de los bueyes. De los mansos bueyes que encendieron el fuego de su virilidad ante el altar siniestro del yugo...

¡Cómo es verdad que los soldados son bueyes, bueyes que al igual de los que agostan el césped de los campos lejanos y arrastran sobre ellos la furia tajante del arado, han de poner

el punto final á su existencia entre la sangre del matadero! Triste es morir así. Morir cuando no se ha vivido. Es estar despojado del hermoso derecho de morir por deber. Porque el deber de morir por la patria, quién no sabe ya que es una ignominiosa sumisión, como son ignominiosas todas las que nos anulan para comprender las cosas realmente grandes. Las cosas de la vida profunda. Las cosas de la vida humana, tan distinta de la que reflejan en sus ojos tristes, los tristes bueyes. El heroísmo es una virtud corruptora, la más viciosa de todas quizá. La muerte más despreciable es por eso la del héroe patriota. No es digno de haber vivido quien muere glorificado por la patria.

Pobres soldados campesinos, hijos de la montaña altiva como la lealtad. Dicha grande es que en esta tierra no estéis destinados á ser héroes... Yo pienso mucho en vosotros cuando recostado en los postes de piedra que rodean la plaza de armas, os veo marchar automáticamente; pienso entonces en vuestras almas, en vuestros cuerpos, pienso en vuestros añorados hogares distantes, en los campos que consumieron vuestros primeros vigos, en las aves que cantaron vuestras entradas al trabajo, en la placentera campesina que os besaba la frente sudorosa en la hora melancólica del atardecer. ¡Recordar cómo erais, qué triste! Es angustioso recordarlo. ¡Haberos visto antes, y contemplaros hoy que ya no sois los mismos!... Haberos visto encaminar vuestros pasos en la hora primera del día hacia el amado plantío, acompañados del gruñidor perrillo retozón, con la pala al hombro, rientes, frescos, agresivos para la amenazante